

El sujeto en la posmodernidad

*Un diálogo entre Manuel Llorens¹
y Ana Teresa Torres²*

Ana Teresa Torres: Intentemos en primer lugar aproximarnos a un tema de difícil definición para quienes no somos filósofos ni especialistas en estudios culturales. Diría, para abrir el diálogo con un planteamiento muy general, que la posmodernidad es un tiempo, un concepto, un estado de cosas en la cultura que surge a finales del siglo XX en occidente, en los países política y socioeconómicamente avanzados, y que en cierto modo está llegando a su fin, o generando nuevas situaciones.

Pero antes de continuar, me gustaría mencionar los antecedentes posmodernos en el psicoanálisis. No sé si estarás de acuerdo, pero considero que Freud, siendo sin duda un pensador moderno, un creyente de la Ilustración, como lo fueron otros pensadores de su tiempo, fue también un introductor de la posmodernidad. El psicoanálisis desestabiliza el pensamiento humanista ilustrado en tanto devela la precariedad del individuo como ser en sí mismo. El sujeto freudiano no se posee enteramente, porque no puede conocerse enteramente ya que un campo de su propia subjetividad le es ajeno. Freud introduce lo otro, lo ajeno, precisamente porque su gran contribución a la cultura es el concepto de inconsciente, la extranjería dentro de nosotros y que a todos nos constituye. En ese sentido el psicoanálisis representa la ruptura con un mundo de convicciones eurocéntricas asentadas, en el cual todo estaba asegurado por el discurso

¹ Manuel Llorens es psicólogo clínico, con maestría en psicología comunitaria (Manchester Metropolitan University). Diploma en Trauma en la Clínica Tavistock de Londres. Profesor del programa de Especialización en Psicología Clínica Comunitaria de la UCAB.

² Ana Teresa Torres es psicóloga clínica, miembro titular de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas desde su fundación. Ha sido profesora de la Escuela de Psicología de la UCV. En el área psicoanalítica ha publicado varios libros. Es también autora de novelas, ensayos y otros estudios.

de la razón. A partir de Freud, lo otro, lo extranjero, exige un lugar en el mundo y comienza a hablar. Y, desde luego, introduce también la desterritorialización de la sexualidad. La vida erótica no se circunscribe ya a la intimidad y comienza a ocupar importantes esferas del discurso social, así como también revoluciona la teoría de la comunicación que hasta entonces se sostenía en la credibilidad y autoridad de la palabra. La palabra con Freud entra en sospecha.

Manuel Llorens: Absolutamente de acuerdo. Una de las cosas fascinantes de Freud es que es un autor moderno, como mencionas, pero que deja sembrada las semillas que luego sirven para cuestionar o ir más allá de las nociones modernas iniciales. Quizás mencionaría que el proyecto freudiano de escuchar a las mujeres también es el comienzo de una ruptura, en el sentido de que abre la puerta para que las vidas privadas entren al escenario público y podamos comenzar a escuchar a la mujer como protagonista y no como sombra escondida en el hogar. El psicoanálisis, como tú misma mostraste muy bien en *Historias del continente oscuro*, a pesar de sufrir de un legado patriarcal típico de su época, también abre espacios para el desarrollo del feminismo, que es una corriente que va a influir mucho en el cuestionamiento de la ciencia moderna.

ATT: Ciertamente. La mujer a partir de Freud habla, se convierte en un sujeto con discurso. Por supuesto que no quiero decir que sea solamente el pensamiento freudiano el que ha permitido escuchar a la mujer, los movimientos sufragistas que incluso eran anteriores a Freud, fueron tomando acción en el siglo XX y el activismo feminista continúa haciéndolo hoy, pero es interesante subrayar que en el área de la subjetividad fue él quien le dio existencia a la palabra de la mujer, y especialmente, de la mujer considerada enferma. No me quiero extender demasiado en esto porque nos conduciría a otro tema, pero es un cambio fundamental en la noción de sujeto. El sujeto fue (y para muchos sigue siendo) un sujeto masculino. La misma palabra, en las lenguas latinas al menos, es de género gramatical masculino, y el tema del lenguaje inclusivo, es decir, que las palabras evidencien que el sujeto tiene género, es un asunto en discusión. Además, y dentro de la asignación de género, se suma la cada vez más frecuente identidad de transgénero, palabra que, por cierto, no aparece en el diccionario de la lengua española, aunque sí aparece transexual.

MLL: Para mí el feminismo es de las corrientes que ha introducido una serie de herramientas conceptuales más claras para poder repensar la teoría de las ciencias sociales. El feminismo tiene la bondad de ser controversial, de obligarnos a pensar desde un lugar distinto. Ese lugar distinto

además ofrece aplicaciones prácticas de transformación y es evidente que ha tenido impactos muy notorios en las maneras en que vivimos actualmente. La manera en que imaginamos las identidades sexuales, como menciones, es un ejemplo vivo.

Pero si te parece, volvamos al intento de definición de la posmodernidad. El término posmodernidad estuvo muy presente en la década de los años noventa que acompañaron mi formación como psicólogo. Ciertamente su presencia en el discurso de las ciencias sociales ha sido criticada y su uso se ha diluido. Rescataría, sin embargo, dos elementos que siguen resultándome útiles de las formulaciones sobre la posmodernidad. El primero es el significado de la caída de los grandes relatos de la modernidad. Cuando veíamos clase con Massimo Dessiato³ en pregrado, él ilustraba la posmodernidad con la frase “los dioses han muerto y han muerto de risa al escuchar que uno se paró y dijo: yo soy el único”. A finales del siglo XX, ya se hizo difícil pensar que la psicología progresa hacia un único paradigma capaz de abarcar todo el campo de estudio, y apunta a que más bien van a seguir coexistiendo formulaciones rivales que construyen al fenómeno humano de manera radicalmente distinta, pero con aplicaciones en muchos casos que no solo compiten entre sí, sino que se complementan.

La segunda discusión que creo resulta interesante, y surge en este ‘espíritu posmoderno’ con mucha relevancia para el pensamiento psicológico, es la revisión de la noción de identidad. El humano que ha avanzado en la senda de la modernidad tampoco ha encontrado un discurso unitario final con el cual interpretar su experiencia. La ciencia, por ejemplo, no desplazó definitivamente a la religión, y la globalización y la tecnología multiplicaron los referentes desde los cuales pensarnos. De manera que las personas pueden ser profundamente religiosas y científicas al mismo tiempo, además de incluir todas las múltiples variaciones identitarias (profesionales, de género, étnicas, históricas, políticas, etc.) a las que se puede adscribir al mismo tiempo. Aquí creo que cobra un peso especial la tecnología y las preguntas acerca de cómo ésta influye en las maneras en que nos comunicamos, representamos y concebimos a nosotros mismos. Estas dos problemáticas señaladas por la discusión de lo posmoderno siguen siendo vigentes.

ATT: Subrayo dos temas claves en lo que señalas: los grandes relatos de la modernidad, uno de los cuales podría decirse que es el psicoanalítico,

³ Massimo Dessiato (1961-2013) fue un filósofo nacido y formado en Italia que ejerció la docencia en Venezuela como profesor titular de la UCAB y otras universidades.

en tanto narra la emancipación del sujeto a través del conocimiento de su inconsciente, y la noción de identidad, ambos intrínsecamente relacionados porque la función de esos metarrelatos era explicar tanto a la sociedad como al individuo. Me parece que con su caída hemos quedado sin explicación, a fuerza de tantas explicaciones que a veces son paralelas y otras contradictorias. Por ejemplo, el tema que mencionas acerca de la contradicción entre ciencia y religión, que ha dejado de serlo, como bien dices, aunque ha tomado su tiempo. En los años de mi formación psicoanalítica, durante el último tercio del siglo XX, no todos los analistas veían con buenos ojos las prácticas religiosas, se consideraban un sometimiento a los padres, al pasado. En contraste siempre recuerdo a la antropóloga y escritora Michaelle Ascencio⁴, cuando insistía en la presencia de las creencias mágicas en la cultura contemporánea: “la religión no es la antesala de la ciencia”, decía.

El relato según el cual el ser humano va pasando de la infancia cultural envuelta en lo irracional a la madurez racional e ilustrada ha perdido vigencia; así como la noción de progreso constante de la humanidad gracias al saber racional y científico. No solo porque *toda* la humanidad no avanza en el mismo sentido ni al mismo tiempo, sino porque dentro de las sociedades ilustradas vemos retrocesos o estancamientos en ese supuesto constante ascenso. Incluso en cada sujeto en particular ocurren movimientos que llamaríamos regresivos o en todo caso no progresivos. Por otra parte, como también señalas, la identidad es múltiple porque pertenecemos simultáneamente a distintos contextos que nos exigen ser distintos y no pocas veces contradictorios. En cierta forma nos disolvemos y reasumimos constantemente. Puede que esa tarea sea una de las características de la posmodernidad, o simplemente de la contemporaneidad. Pensemos entonces en el sujeto que vive en ella.

MLL: Me resulta muy difícil pensar en describir el sujeto actual, una generalización tan amplia que exige demasiada abstracción. Además, creo que las personas con las que he trabajado en psicoterapia están muy marcadas por la experiencia venezolana, tan particular en cierto sentido.

ATT: En mi caso hace muchos años que dejé la práctica clínica, por lo que no puedo describir clínicamente cómo veo al sujeto de hoy, pero la simple relación social y lo que escucho de mis colegas, me llevan a pensar que ese sujeto moderno, escindido entre las pulsiones y las normas, la

⁴ Michaelle Ascencio (1943-2014), profesora titular de la UCV, y autora de varios libros sobre la religiosidad en el Caribe y en Venezuela.

libertad y la autoridad, ese sujeto neurótico definido por el psicoanálisis, tiende a desaparecer de los consultorios. La teoría y la técnica también han sufrido importantes modificaciones. Por dar un solo ejemplo: el uso extendido de la comunicación electrónica en los tratamientos psicoterapéuticos. La IPA discute si es válido este medio para la formación de los estudiantes de psicoanálisis, en el análisis y en las supervisiones. Sigue reivindicando el encuentro presencial.

MLL: Me parecen muy interesante tus impresiones de que el sujeto neurótico ha ido desapareciendo, que la tensión entre las pulsiones y las normas no está tan presente. Me gustaría escuchar más sobre eso. Sí creo, como mencioné, que la tecnología influye mucho en las nuevas maneras de concebirnos y relacionarnos. El sujeto moderno está definido a partir del Renacimiento por la entrada de un artefacto tecnológico que modificó la relación del humano consigo mismo, que es el espejo plano. El internet y las redes sociales creo que ocupan un lugar análogo en la posmodernidad.

La posibilidad de que las personas se representen cada vez más deliberadamente de la manera en que fantasean cómo el otro los va a ver, inclusive inventándose completamente, me parece que es algo fascinante y que transforma la manera de construirnos. Hay mucha más posibilidad de artificio, de elaboración, de ficcionarnos una realidad, si se quiere. Me parece que la fantasía puede ocupar un lugar aún más amplio en la construcción de la identidad. A la vez, en los países más desarrollados, se reporta más soledad.

Me surgen muchas preguntas abiertas que quizás puedas considerar: ¿esta conectividad implica mayor o menor conexión íntima?, ¿lo visual tiene cada vez más peso en la manera en que nos pensamos y construimos?, ¿qué efectos puede tener eso en caso de que sea así?, ¿dónde queda el cuerpo y el tacto en esta manera de relacionarnos a distancia a través de la tecnología?

ATT: Para alguien formado en el pensamiento psicoanalítico es muy difícil abandonar la premisa de que el sujeto *es* sujeto sexual, y sin embargo hoy me parece difícil sostenerla. Me parece que el sujeto se constituye en múltiples determinaciones, una de las cuales es sexual, pero no la única y ni siquiera estoy segura de que sea la más importante. Cuando digo que el sujeto neurótico, ese ser atormentado entre el ser y el deber ser, entre sus deseos y las normas que lo prohíben, está en extinción me refiero a que la clínica muestra otro tipo de conflictos. Pienso, por ejemplo, en lo que dicen mis colegas, que asisten a la escucha de personas que plantean sobre todo problemas prácticos, desde la dificultad para trabajar porque se

quedaron sin conexión eléctrica, hasta las cavilaciones interminables acerca de si deben o no marcharse del país. Podría decirse que es la culpa por abandonar a la madre, pero ¿es eso todo? La asociación libre queda muy comprometida, y la atención flotante también, por supuesto.

Pero también, yendo más allá, el sujeto en busca de ayuda se encuentra ahora en un mundo en que la sexualidad ha cambiado profundamente, no solo en cuanto a lo que está prohibido o no, sino en cuanto a que lo que era imposible ya no lo es; por ejemplo, que una pareja del mismo sexo tenga hijos, o que una persona cambie su identidad de género. Incluso la maternidad. Durante siglos ser madre era el destino de cualquier mujer, ahora es voluntaria, pero en cierta forma se ha vuelto obligatoria y cuando hay dificultades de fertilidad (muchas más que antes, me parece) pueden ser subsanadas. Lo que se llamaba “reloj biológico” tiende también a desaparecer. Hay casos de mujeres cercanas a los sesenta años que deciden fecundarse y dar a luz. Luego está también la posibilidad de la construcción de una identidad para uso de la comunicación electrónica, en la que el otro no sabe con quién se comunica, ni a quién está viendo y escuchando, porque puede estar frente a un doble fabricado con ese fin, y con quien puede experimentarse placer sexual. Sin duda la relación de contacto e intimidad se ha ido suprimiendo progresivamente, o en todo caso, es opcional. Si ello genera soledad, no lo sé. Quizá sea otra manera de ser sujeto sexual, gracias a la tecnología.

Volviendo al sujeto neurótico. No voy tan lejos como suponer que las neurosis han desaparecido, aunque evidentemente se han manifestado nuevas formas de patología o de estructuras de personalidad; lo que intuyo es que ese sujeto bien portado, civilizado, ahogado por las contradicciones, en lucha contra sus deseos y sus prohibiciones, no es el personaje más común de hoy. La percepción de un mundo en el que todo es posible, en el que no hay códigos definitivos, en el que la tecnología suprime barreras y limitaciones, apunta a la construcción de nuevas subjetividades. Es una intuición, por supuesto, nada que pueda demostrar clínicamente.

MLL: Se van ramificando temas y se presentan muchas ideas. En aras de no perdernos demasiado, recojo algunas que surgen de lo que venimos hablando. ¿Dónde queda la sexualidad en la configuración del sujeto en una época donde las prohibiciones sexuales se han flexibilizado, cuando no volteado, hacia la búsqueda de placer como ideal? ¿Deja de ocupar un lugar central la sexualidad como fuente principal de los deseos y los conflictos?

ATT: La sexualidad sigue siendo fuente principal de los deseos, pero quizás éstos se hayan modificado en sus objetos y modalidades. Los conflic-

tos sin duda se han transformado. La sexualidad no carga con las mismas prohibiciones o mandatos que tenía hasta digamos la mitad del siglo XX, por dar un marco temporal a los cambios.

MLI: Para mí esa pregunta se enlaza con mi curiosidad por el lugar del cuerpo en la evolución del vínculo humano mediado por la tecnología. Yo entiendo la premisa psicoanalítica de que el sujeto se construye en torno a lo sexual, como la propuesta de que el sujeto se construye a través del vínculo con el otro y ese vínculo es en principio sensual, sensorial, a través de nuestro cuerpo. Mi noción de mí mismo está mediada por la vinculación con el otro, y eso se da a través del afecto y ese afecto es sensorial, está anclado en el cuerpo. Creo que el cuerpo táctil sigue siendo uno de los lugares originarios con que procesamos la realidad, con que nos vinculamos con nuestros cuidadores, con que exploramos el mundo afectivo y con el que aprendemos, o no, a regular nuestras emociones. Creo que eso sigue siendo fundamental a pesar de los cambios.

ATT: Lo que dices, y no puedo estar más de acuerdo, se sustenta en ese capítulo de Lacan acerca de la teoría del espejo, es decir, la constitución del sujeto en la mirada del Otro, que finalmente es la madre como objeto de deseo y de identificación. No creo que eso haya cambiado, o por lo menos no todavía. No se me ocurre otra manera de humanizar al sujeto, es decir, convertirlo en persona, que no sea a través de otra persona, la madre biológica o no.

MLL: Sin embargo, la tecnología nos ha permitido trascender el cuerpo físico y conectarnos con el otro a distancia. En ese sentido lo visual ha cobrado cada vez más importancia en nuestra manera de conocer y explorar el mundo. La imagen desprovista de cuerpo táctil cobra gran relevancia y abre posibilidades no imaginadas hasta ahora. Lo visual ha desplazado inclusive, en cierto sentido, a la palabra como herramienta fundamental de procesamiento del mundo. Obtenemos información a través de imágenes fotográficas o videos breves, pocas veces nos detenemos a leer algo más que un tuit sobre los acontecimientos del mundo. Sabemos de nuestros allegados a través de sus fotos en *Instagram* y unas frases breves. La música la consumimos a través de videos que entretienen los espacios vacíos del sonido. El empaque visualmente atractivo es cada vez más importante para que dirijamos nuestra atención hacia algún lugar en específico en un panorama inundado de imágenes.

El psicoanálisis tiene algunas herramientas conceptuales interesantes para pensar en esta dimensión de la experiencia. Las propuestas lacanianas sobre la dimensión especular de la construcción de la identidad; así

como la división del campo experiencial o registro de lo psíquico en real, simbólico e imaginario –sin que yo sea demasiado avezado en la teoría lacaniana– son herramientas interesantes. No creo que tengamos las mismas herramientas conceptuales en la psicología en general, ni en el psicoanálisis en específico, para pensar en lo cinestésico y lo táctil, aunque, por supuesto, los registros de lo real, simbólico e imaginario no se limitan a lo visual, pero tiendo a pensar que se han desarrollado más en ese sentido, como por ejemplo en los múltiples análisis lacanianos del cine.

El segundo tema que recojo de tus comentarios es la pregunta acerca del lugar que ocupa la realidad. Ese es el lugar en que quizás me alejo más del psicoanálisis, aclarando que no soy psicoanalista, sino que me formé muy cerca del psicoanálisis y creo que sus formulaciones teóricas influyeron mucho en mi manera de concebir la psicología. Pero al mismo tiempo, tengo una pata puesta en la psicología social y pienso que la psicología en general, y el psicoanálisis en particular, concibe –y esto es típico de la modernidad– al sujeto como autónomo, autocontenido, que puede funcionar como individuo abstraído de su contexto y de sus relaciones. De manera que uno puede “intervenir” o “curar” a un sujeto sacándolo de su contexto y pensando en su individualidad, su interioridad, su intimidad: sus creencias, cogniciones –si soy cognitivista–, o su cerebro y sus neurotransmisores –si soy neuropsicólogo–, o sus fantasías y angustias –si soy psicoanalista.

Veo esa abstracción como un artificio teórico, con utilidad, pero también con limitaciones. El sujeto –inclusive la intimidad de ese sujeto y hasta su cerebro– está inevitablemente anclado en su contexto. Creo que intervenir las creencias de un sujeto –si se es cognitivista– es trabajar con él y sus circunstancias, igual que trabajar con sus angustias e ideales –si se es psicoanalista–. De manera que la realidad, las circunstancias materiales, y cómo las procesa el sujeto siempre están ahí. No hay cómo evitar la realidad a pesar de que la teoría intente muchas veces desmentirla. El sujeto tiene o no dinero para pagar la consulta y ese hecho tiene que ver por supuesto con las vicisitudes del vínculo entre el paciente y el analista, pero al mismo tiempo, inevitablemente, y en cualquier época, también tiene que ver con el contexto socioeconómico en que se encuentra. Y ese contexto socioeconómico también contribuye a construirlo. Pensar en el sujeto, su largueza o su pichirrez, conlleva también pensar en las circunstancias económicas de la realidad en que ha crecido. Así como en la misma línea, ayudar al sujeto a pensar en las maneras que se vincula, ama, o sufre, es también una manera de pensar en los guiones culturales de género en que se desarrolló.

No veo que se puedan desligar las dos cosas, sino artificialmente. Aunque ésta sea la manera en que fuimos formados como psicólogos, al punto que nos resulte tan natural pensar al sujeto desligado de sus circunstancias.

ATT: Personalmente nunca he creído que el sujeto exista fuera de sus circunstancias. Coincido absolutamente contigo. Somos producto del lenguaje, es decir de la nominación que otro hace de nosotros, y en ese sentido la nominación recoge unas cuantas determinaciones. Por nombrar las más sencillas, la determinación histórica y cultural. Vuelvo al sujeto neurótico freudiano. No me imagino muchas Elisabeth R., o muchos “hombres de las ratas” dando vueltas por Caracas. Las categorías lacanianas de lo real, lo imaginario y lo simbólico pueden sustentarse como instancias estructurales del psiquismo, siempre y cuando admitamos que ninguna de las tres es eterna e inmanente. El imaginario, que sin duda es predominante hoy, no es igual siempre a sí mismo, se modifica con el tiempo, y produce nuevas formas de imaginarización. Otro tanto podríamos decir de lo simbólico, lo que transmitimos como leyes simbólicas, como estructuras de sentido, es probablemente la dimensión más susceptible de cambio en la medida en que la cultura las transforma. Y hasta lo real ha cambiado. Creo recordar que un símil laciano decía que era “la roca delante de nosotros”. Ahora, esa roca, ese mundo físico amenaza con desaparecer.

MLL: Dicho esto, creo que la realidad venezolana lo ha hecho mucho más visible. La realidad y sus dificultades interrumpen con más frecuencia en un encuadre que imaginamos dentro de unas condiciones materiales y económicas muy particulares. El encuadre implica un manejo particular del tiempo, la posibilidad de coincidir cara a cara, una base económica, cierto anonimato, circunstancias que por estables no nos obligaban a pensarlas demasiado. Al perturbarse las condiciones sociales y económicas de esa estabilidad, esas variables se vuelven mucho más notorias. No por ello estaban menos presentes en el pasado, sino que podíamos desatenderlas con más facilidad. Igual sucede con la similitud cultural entre paciente y analista que permite un terreno de interpretación de los hechos lo suficientemente compartido para que las diferencias sean fácilmente comprensibles.

La distancia cultural hace mucho más evidente que, para pensar al sujeto y sus angustias, hace falta invariablemente entender algo del contexto cultural en que está interpretando su vida. Cuando no tenemos esa brecha, no tenemos que pensar en cómo la cultura construye al sujeto. La cultura se vuelve invisible. Eso solo sucede cuando estamos ambos, paciente y analista, ubicados en el mismo marco interpretativo cultural. La emigración

de pacientes y analistas hace visible cómo la cultura influye en la manera de estar en el mundo y de vincularnos para pedir ayuda. De alguna manera la brecha permite que entre la dimensión contextual en nuestras consideraciones. Considero que esta es una dificultad buena, que evidencia una dimensión en la que vale la pena pensar como psicólogos y como terapeutas, y que vale la pena incluirla en la conversación analítica.

Regreso al tema de la tecnología. Con “espejo plano” me refiero al registro que se ha hecho de la invención del espejo (Melchior-Bonnet, 2001). Su invención es quizás uno de los desencadenantes más importantes del Renacimiento. El espejo pasó a ser un objetopreciado, como en la corte de Versalles. Frente a él, por ejemplo, los cortesanos practicaban los gestos de la cortesía y los modales públicos. Es decir, el espejo influyó directamente en la manera de presentarnos frente a los demás. En el arte permitió la aparición del autorretrato. El artista como objeto a retratar era impensable antes de la entrada del espejo. Con el espejo nos vimos a nosotros mismos con un detalle antes desconocido. El hombre se convirtió en el centro. Modificó la concepción del hombre de sí mismo y su lugar en el universo.

Me pregunto cuánto de nuestras nociones de nosotros mismos cambiarán a través del internet. Doy un ejemplo para el que no tengo respuestas sino curiosidad. En febrero de este año salió la noticia de la muerte de un joven noruego de veinticinco años llamado Mats Steen (Schaubert, 2019). El joven sufría de una enfermedad degenerativa que lo confinó a una silla de ruedas durante casi toda su vida y que, finalmente, lo condujo a su muerte. Pasó la gran parte de sus días en un sótano frente a una computadora. Sus padres sufrían por lo limitado de su vida. Cada vez se reclusó más y más. El día de su funeral, los padres se sorprendieron al ver un grupo grande de jóvenes que parecían estar también en la misa despidiéndolo. Al principio no entendieron, tomados por su dolor. Pero al terminar el ritual se acercaron a preguntarles quiénes eran y comprendieron que era un grupo enorme de amigos que jugaban los mismos juegos de roles por computadora. Habían venido de otros países a despedirse. Una joven de veintiocho años llamada Lissette les contó a los padres que tenía quince años de relación con su hijo. Se habían conocido en Goldshire, un país imaginario de un territorio virtual, y Mats había dedicado varias entradas de su blog a describir su amor. Al saber de su muerte decidió viajar desde Holanda para decirle adiós. Nunca se “desvirtualizaron”, es decir, no se conocieron en persona. Ella no sabía de su enfermedad, ni de su apariencia física “real”.

Mats dejó escrito en su blog: “En Azeroth (refiriéndose a un país virtual) mi discapacidad no importa. Mis cadenas se rompen.” Esta historia me parece fascinante de muchas maneras, y una de ellas es la construcción de un territorio imaginario pero compartido. Es como la escenificación en grande del espacio transicional que describe Winnicott, que es y no es real a la vez. Pensar que alguien se puede desarrollar “plenamente” en ese espacio me resulta fascinante. Hay una suerte de disociación, de desconexión de la realidad, para volverse a conectar con uno mismo. Me parece que esta dimensión del desarrollo del sujeto está aún por teorizarse.

ATT: Muy interesante el caso que comentas. Desde un punto de vista psicoanalítico clásico podría interpretarse como alguien que, sometido a una *real* que lo condena a no poder llevar una vida “normal”, utiliza mecanismos de negación y evitación para protegerse del dolor. Pero hoy podemos darle la vuelta y pensar que Mats empleó creativamente los recursos de su tiempo para generar una vida de relación afectiva e intelectual y de ese modo se comunicó con muchas otras personas que le dieron intensidad a su vida, y la recibieron de él también. Experiencias como estas dejan atrás los prejuicios de que las nuevas tecnologías llevan a la soledad y a la falta de contacto, cuando por el contrario promueven otras formas de relación. Muchas parejas se hacen hoy vía internet, y algunas salen bien y otras mal, como ocurre también en los encuentros tradicionales.

Venimos hablando de modernidad y posmodernidad, y creo que llega el momento de hacernos algunas preguntas sobre Venezuela. ¿Somos una sociedad moderna?, ¿lo hemos sido alguna vez?, ¿hemos transitado a la posmodernidad? Si la discusión acerca de la modernidad siempre es compleja lo es más aún para nosotros. La noción más extendida dice que la modernidad en Venezuela comienza hacia los años cuarenta con los procesos de urbanización del país, y los intentos, nunca del todo acabados, de constituir una república democrática. Supongamos que no todo el mundo estaría de acuerdo con ello, pero es un punto a partir del cual podemos comenzar a hablar de un país *moderno*. La primera pregunta que me hago es si el país es *uno* solo. Me inclino por pensar que no, que algunos sectores de la población adquirieron una identidad *moderna*, pero no todos, y todos conviven, de modo que quizás hemos tenido una modernidad “sectorial”, si es que cabe el término, que ha dejado muchos huecos. La segunda pregunta es acerca de la naturaleza de esa modernidad, si estamos todos de acuerdo en qué es ser *modernos*.

MLL: Algo de esto lo mencioné anteriormente, me parece, pero en lo que sí vale la pena insistir es que toda la discusión sobre modernidad y pos-

modernidad está hecha desde los países más desarrollados, que por ende siguen la lógica de sus procesos históricos. No cabe duda de que Venezuela participa en ellos. Somos, sin duda, un país occidental. Basta solamente ir a los países orientales para entender lo parecido que somos a los europeos y a todos los demás países americanos, y a la vez distintos de los asiáticos o musulmanes. En una oportunidad pude ir a Japón y me llamó mucho la atención la obsesión de los japoneses con los pies de las mujeres. La manera en que los adoran y muchas veces maltratan con fines estéticos. Eso me impresionó porque me di cuenta de que deseaban y admiraban estéticamente algo que yo no entiendo, para lo que no tengo registro. Algo que parece estar tan anclado en nuestra naturaleza, como lo es el deseo, también está inscrito culturalmente. En ese sentido es que digo que los venezolanos somos profundamente occidentales, entre otras cosas deseamos en un código compartido con Occidente.

Pero al mismo tiempo, mucho de nuestro esfuerzo para alcanzar a otros países occidentales no ha incorporado del todo algunos avances centrales de la modernidad. Un ejemplo: la noción de ser un sujeto con derechos es una concepción abstracta y probablemente uno de los logros centrales de la modernidad. El que el ser humano sea objeto de derechos informa gran parte de los procesos políticos y sociales de las sociedades más avanzadas. En Venezuela sabemos que esa concepción es endeble. Concebimos mucho más factible que los derechos dejen de operar en personas que no están situadas en el centro de la mirada de la sociedad. Así, por ejemplo, las cárceles y en alguna medida los manicomios han sido depósitos humanos donde nuestra concepción de que ese sujeto tiene derechos deja de operar. Consideramos factible y aceptable la degradación de la dignidad de ese sujeto. El poema de Armando Rojas Guardia (2008), “La desnudez del loco”, es un testimonio de ese hecho.

Estoy de acuerdo en que la modernidad venezolana ocupó algunos espacios y vistió de derechos solo algunos sectores de la sociedad. En ese sentido hemos dejado siempre abierta la puerta para la entrada de las lógicas autoritarias y represivas de sistemas políticos premodernos, como lo es el caudillismo. Podemos decir quizás, en esta conversación que busca enlazar con el psicoanálisis, que deseamos demasiado un caudillo, que no nos angustia a menudo, sino que inclusive podemos sentir placer con el atropello, con la burla de la ciudadanía, con la ruptura del estado de derecho con tal de que se acomode a nuestros intereses.

Hemos vivido, y ahora con el chavismo más, en esa duplicidad, esa “zona gris” que describe Primo Levi (1988), en que por un lado reconoce-

mos la autoridad formal, y hasta la reclamamos –la democracia, el Estado– y por el otro seguimos operando desde la lógica individualista que busca romper las reglas en provecho propio, que voltea la cara si otro ciudadano anónimo está siendo atropellado. En ese sentido, el estado moderno y la democracia, nunca se internalizaron del todo. Pero para más complejidad, los países más avanzados nos generan fascinación. Queremos parecernos, deseamos ser reconocidos por ellos. Lo que la psicóloga Maritza Montero⁵ (1984) describió como el altercentrismo en la formación de la identidad venezolana. Esa identificación ha sido sobre todo con los elementos externos. Modernidad nos suena a ciudades de grandes construcciones, a autopistas, autos nuevos y ropa de moda. No nos suena a derechos humanos, avance científico y tecnológico, gobiernos laicos y democracia. De allí que asociemos modernidad a esferpentos como la dictadura de Pérez Jiménez.

ATT: En estos días ocurrió un caso que ilustra muy bien lo que dices. Ana Karina, una joven de veintiún años, habitante de un barrio de Caracas, en cuyas imágenes se veía mucha pobreza, malnutrición, y un ojo ensangrentado, se dirigió al Servicio Nacional de Medicina y Ciencias Forenses (Senamecf), más conocido como la morgue de Bello Monte, para presentar la denuncia de que el hombre con el que convivía –bastante mayor que ella, por cierto– la golpeaba con mucha frecuencia. No le había sido fácil trasladarse para poner la denuncia porque el transporte público no llega hasta la sede del Senamecf. Pues bien, no fue recibida su denuncia porque usaba una falda demasiado corta para ingresar a la institución. Irónicamente, la directora general de ese organismo es una mujer, licenciada en ciencias políticas, médica internista y abogada. La imagen que se me presentaba al leer la noticia en las redes, era la de unos militares que entre sonrisitas y miradas se dieron el gusto de humillarla y dejarla en manos de su agresor, que probablemente en algún momento logrará su cometido. Pero yo no estaba allí así que no puedo aseverarlo. Lo que me parece innegable es que este episodio habla de una Venezuela absolutamente fuera del contexto de la modernidad, y no por la presencia del agresor, ya que hasta en los países más avanzados la violencia de género sigue siendo un problema difícil de erradicar, sino por la respuesta de las autoridades completamente ajenas a la defensa del derecho más elemental, como es el de la vida.

MLL: Y con la crisis actual Ana Teresa, creo que esto se ha hecho aún más agudo. Por algunos instantes, en algunos sectores se tiene acceso

⁵ Maritza Montero, psicóloga social, profesora de la UCV, especialista en la investigación de la psicología comunitaria.

a internet y al siglo XXI, pero en otras zonas no hay ni luz ni agua, así que ni el siglo XX. De la misma manera una gran parte de la población vive sin documentación, sin acceso a la justicia, en zonas gobernadas por bandas criminales locales que imponen reglas basadas en la arbitrariedad del *pran* local. Esto no sucede en lugares remotos nada más, sino en Maracaibo, en zonas de Caracas, y de manera notoria en gran parte de los valles del Tuy, al lado de la capital.

La modernidad está ausente de la vida de muchas maneras. Me parece que el término de “modernidad medieval” que propusieron unos urbanistas para describir lo que ocurre en muchos lugares de Latinoamérica, calza con lo que venimos describiendo (Alsayyad y Roy, 2006). Hablan de ciudadanías fragmentadas, que responden a regulaciones de convivencia solapadas o contradictorias, en territorios divididos, con distintos accesos a los privilegios que dependen de un poder de facto, como en la ciudad medieval.

Quiero decir con esto que si nuestra modernidad está atravesada por los huecos que mencionabas, y que son bastante visibles para quien quiera verlos, me resulta más difícil aún pensar en la posmodernidad venezolana. Cómo es el sujeto hoy y aquí, creo que con esta pregunta podemos terminar nuestra conversación.

ATT: Supongo, Manuel, que dejamos más preguntas que respuestas, pero estoy segura de que para nosotros ha sido un diálogo fructífero, y esperemos que lo sea también para los lectores. Gracias a la revista *Trópicos* por esta oportunidad, y a la tecnología que nos ha permitido conversar a distancia.

Referencias bibliográficas

- ALSAYYAD, N. y ROY, A. (2006). Medieval modernity: On citizenship and urbanism in a global era. *Space and Polity*, 10(1), 1-20.
- LEVI, P. (1988). *The Drowned and the Saved*. New York: Simon & Schuster.
- MELCHIOR-BONNET, S. (2001). *The Mirror: a history*. Londres: Routledge.
- MONTERO, M. (1984). *Ideología, Nación e Identidad Nacional*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- ROJAS, A. (2008). *Patria y otros poemas*. Caracas: Equinoccio.
- SCHAUBERT, V. (2019). *La impresionante vida secreta en internet de mi hijo con discapacidad*. Recuperado en noviembre, 15/2019, de <https://www.bbc.com/mundo/noticias-47172202>.
- TORRES, A. (2007). *Historias del continente oscuro. Ensayos sobre la condición femenina*. Caracas: Alfa.